

Una novela maravillosa sobre tres mujeres inolvidables que luchan por su independencia en los dorados años veinte.

— LAS —
CHICAS
— DE LA —
RADIO

Eva Wagendorfer




ESPASA

EVA WAGENDORFER

LAS CHICAS DE LA RADIO

Traducción de Albert Vitó i Godina



Título original: *Die Radioschwestern: Klänge einer neuen Zeit*

© Eva Wagendorfer, 2022

Published by arrangement with Michael Gaeb Literary Agency, Berlin

© por la traducción, Albert Vitó i Godina, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2023

ISBN: 978-84-670-7091-0

Depósito legal: B. 13.457-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

GESA

FRANKFURT, ABRIL DE 1927

Noticario radiofónico de 1927:

«Hildegard Kwandt, de la Prusia Oriental, se convierte en la primera mujer elegida Miss Germany en el Palacio de los Deportes de Berlín.»

El resto de las aspirantes expresaron su descontento de forma tan grosera que un periódico exigió que en adelante se tuviera en cuenta también el carácter de las candidatas. Hildegard Kwandt aprovechó la popularidad que le brindó el concurso y participó en desfiles de moda, se convirtió en modelo fotográfica y viajó a Estados Unidos. Mantuvo presentes los recuerdos de su elección como Miss Germany durante el resto de su vida.

En la tienda de la esquina de Karlsplatz había un cartel de las Tiller Girls. Las bailarinas de largas piernas eran casi idénticas: peinados bob de color negro, vestidos cortos y, por supuesto, la misma pose. En esos momentos, la compañía inglesa ofrecía una actuación especial de su revista en el teatro Schumann, justo delante de la estación principal. Gesa Westhof dudaba que a los clien-

tes de la tienda les quedara dinero para comprar unas entradas del teatro de revista, pero le pareció genial que la propietaria, la señora Zurcher, hubiera colgado el cartel de todos modos. A Gesa le habría encantado ver la actuación, pero ese mes iba un poco corta de presupuesto.

Sobre la entrada, en la fachada desconchada, había unas letras anticuadas de color negro que rezaban ARTÍCULOS COLONIALES ZURCHER, aunque, a decir verdad, el rótulo ya no se correspondía con la realidad. Tras las dificultades de la guerra y la crisis económica, la familia se había visto obligada a reducir su negocio, tal como su propietaria recordaba con insistencia en cualquier situación, viniera o no al caso. En lugar de artículos extranjeros y exquisiteces, solo había una cafetería en la que se podía tomar un tentempié y un quiosco de periódicos. La señora Zurcher había instalado dos mesitas altas para que los clientes pudieran consumir lo que compraban allí mismo.

—No hay sillas —le había explicado en una ocasión a Gesa, que acudía a comprar allí con regularidad—. No tengo un pelo de tonta. Así la gente se toma el café de pie y luego se marcha. Vendo más y no tengo que aguantar a indeseables.

Era una mujer sorprendentemente menuda y rolliza, de casi sesenta años, con el pelo canoso y recogido en un moño. Siempre ataviada con su delantal, era el alma del negocio. Sus arrugas de expresión revelaban que no era ni mucho menos tan malhumorada como proclamaba.

Esa mañana Gesa le compró dos panecillos con pasas y la señora Zurcher se los sirvió dentro de una bolsa de papel. En el quiosco de periódicos de la pared, aparte del inevitable *Frankfurter Nachrichten* había varias publi-

caciones más de la capital. Gesa cogió un ejemplar del *Illustrierte Zeitung*. La portada mostraba la imagen de una joven sentada sobre la arena con zapatos de tacón, traje de baño y un ramo de flores en las manos. «Qué composición tan arriesgada», pensó Gesa. El pie de foto rezaba: «Empieza la vida al aire libre. Instantánea de la vencedora del concurso de belleza en traje de baño».

Gesa hojeó un poco el periódico. En la página tres había un gran artículo con una fotografía que ilustraba la visita del presidente francés Gaston Doumergue al rey Jorge, en Londres.

—Si quieres leerlo, tienes que comprarlo, niña —le advirtió la señora Zurcher—. Seguro que tienes los veinte pfennig que vale.

Gesa se compró también el *Illustrierte* y regresó al apartamento de su novio, en el callejón contiguo.

La mujer soltera de la planta baja tenía una ventana abierta y estaba en bata mirando hacia la calle.

—Vaya, veo que ha vuelto a pasar la noche con el señor escritor, ¿eh? —le soltó con ademán provocador cuando Gesa se acercó a ella. Se sacó la horquilla que le sujetaba el pelo ondulado mientras se le secaba y la utilizó para sujetar el cigarrillo que se estaba fumando. Con el tiempo, el par de caladas extras que ganaba así le habían amarilleado la piel y el vello que tenía alrededor de la boca. Sin duda, el exceso de tabaco no es compatible con la belleza.

—Buenos días. Qué día más soleado tenemos hoy, ¿verdad? —comentó Gesa, decidida a no permitir que el comentario le afectara.

Cuando llegó arriba, constató que su novio se había

levantado y estaba sentado a la mesa, escribiendo en ropa interior.

—El lápiz de labios Khasana... aporta a cualquier mujer juventud, frescura y belleza —leyó, poniendo los ojos en blanco mientras declamaba, lo que le arrancó una carcajada a Gesa. Cuando se enfadaba, Willi le recordaba siempre a un niño malhumorado.

—¿Qué esperan que escriba, si me encargan un texto para un anuncio de un cosmético para mujeres? —preguntó mientras volvía a dejar el lápiz sobre la mesa.

Para poder apurarlo hasta el final lo utilizaba con una especie de alargador metálico que, al impactar contra la mesa, se soltó y cayó al suelo.

Gesa lo recogió y volvió a ponerle el lápiz antes de devolvérselo.

—¿Aceptar un encargo publicitario hierde tu orgullo como escritor? —preguntó ella con una sonrisa antes de aceptar una hoja de papel arrugada que Willi le tendía.

—No se trata del hecho de trabajar a cambio de dinero, ¿sabes? Eso tenemos que hacerlo casi todos.

Gesa le acarició el pelo con cariño y pensó que también ella tenía que encontrar un trabajo cuanto antes. Pero más que verlo como una obligación, era algo que le hacía ilusión. No veía el momento de formar parte del equipo de personas que se encargaba de emitir en el suroeste de Alemania. Sin embargo, ese día le hacía una ilusión especial, puesto que tendría lugar la primera prueba para una pieza radiofónica nueva.

—¿No te recomendó un amigo a los de Khasana? Pagan bien, que ya es mucho decir.

—Pero esa clase de cosas no me interesan.

—Pues deberían interesarte. Mira —dijo ella, hojeando el *Berliner Illustrierte*—. Solo aquí ya hay tres anun-

cios de Khasana. Uno de *cold cream*, otro de polvos de tocador y otro de colorete. La marca no para de invertir en publicidad, seguro que no será el último encargo que recibas.

Gesa le devolvió el lápiz a su novio, pero este, en lugar de seguir escribiendo, se encendió un cigarrillo, aspiró una profunda bocanada y luego soltó el humo, que quedó suspendido en el aire entre ellos como una nube. ¿Cómo iba a disiparse, en ese cuchitril minúsculo? Una cama estrecha ocupaba la mayor parte de la sala. También había una mesita bajo la ventana, en la que estaba trabajando Willi, y una sola silla que él mismo ocupaba en esos instantes. En un rincón había un armario de color amarillo ocre, aunque la pintura descascarillada revelaba que había sido rojo y, antes aún, azul celeste.

El incipiente escritor no podía permitirse más que ese modesto cubículo, y Gesa sospechaba que de todos modos a él le parecía bien porque iba en consonancia con su aureola de poeta pobre.

También suponía que con ese manifiesto desinterés por el dinero intentaba ocultar un origen humilde, y en ese sentido lo comprendía a la perfección. Willi había crecido en un ambiente pobre y se había marchado pronto de casa, decidido a encontrar su camino en la vida él solo. Gesa lo admiraba por todo lo que había logrado hasta el momento. De hecho, le parecía casi una osadía que alguien de origen tan modesto como él aspirara a dedicarse a la literatura. Todo el mundo sabía lo precario que es el mundo del arte a menos que seas uno de los grandes.

Gesa quería seguir sus pasos para terminar dedicándose a lo que la apasionaba de verdad. Willi siempre la alentaba a ello y entre los dos se infundían ánimos mu-

tuamente. Con todo esto en cuenta, Gesa tenía muy claro por qué él no quería compartir aquellas cuatro paredes con nadie. Habría supuesto un paso atrás. Concentraba todas sus energías en intentar triunfar como escritor, del mismo modo que ella pondría toda la carne en el asador para convertirse en una voz radiofónica lo bastante famosa para proporcionarle independencia económica. Gesa no podía imaginar nada peor que no poder decidir con libertad acerca de su vida.

—Si quieres llegar a alguna parte, tienes que aceptar las contrapartidas —le decía siempre Willi—. Pero la gente como nosotros será la que triunfará, la que se lanza, la que no tiene miedo. Enseguida me di cuenta de que tú también eres así. Seguirás tu propio camino caiga quien caiga y, siempre que pueda, yo te apoyaré, cariño. Nos ayudaremos el uno al otro.

Vivían en unos tiempos de lo más emocionantes que ofrecían grandes oportunidades y, por primera vez, no se las ofrecían solo a los hombres, sino también a las mujeres. Al menos a las que creían en sí mismas. Gesa reclamaba ni más ni menos que un lugar independiente en la sociedad, un puesto de trabajo en la radio con las mismas condiciones que sus colegas masculinos.

Willi era un hombre apasionado que vivía y amaba a su manera. Por un lado, a Gesa le parecía muy excéntrico, pero al mismo tiempo, con él se sentía comprendida por primera vez en la vida.

No obstante, a veces se preguntaba si su amigo sabía fijar sus prioridades. El mes anterior le había pedido dinero prestado para poder pagar el alquiler. Y aun así, acababa de mofarse de un encargo que podía proporcionarle algo de dinero, por no hablar de las posibilidades de futuro que se le abrirían si lo hacía bien.

—Estoy trabajando en una nueva obra que podría ser todo un éxito. Tengo muchas cosas que contar y los lemas publicitarios sofocan mi creatividad. ¿Comprendes lo que quiero decir? —preguntó, gesticulando con vehemencia mientras hablaba. Ella respondió con un suspiro.

Cuando Willi hubo apagado el cigarrillo en el cenicero desbordado de colillas, Gesa se sentó en su regazo y lo abrazó.

—Lo comprendo a la perfección. Pero mientras no tengas editor, tendrás que aceptar esta clase de compromisos. En cualquier caso, no puedes vivir solo del amor, ni siquiera aunque yo me esfuerce por ganar dinero para los dos. Seguro que tampoco te cuesta tanto escribir unas líneas para Khasana. Con el talento que tienes puedes terminarlo enseguida y luego dedicarte a tu trabajo de verdad con la conciencia tranquila.

Willi la besó. Sus labios sabían a tabaco. Aunque al principio se posaron sobre los de ella con suavidad, el beso enseguida se volvió más intenso y despertó en Gesa una sensación de dicha. Hasta que se volvió a apartar de ella.

—Muy bien. ¿Qué haría yo sin ti, mi pragmática amada? Todo artista debería tener a alguien realista a su lado, resulta de suma utilidad.

Ella se quedó mirando los ojos azules de su amado, que contrastaban con su pelo negro de un modo especialmente atractivo. ¿De verdad no se daba cuenta de lo mucho que la habían herido aquellas palabras? Ella también se consideraba creativa y sentía fascinación por el arte, la cultura y la literatura. ¿Por qué acababa de llamarla realista de ese modo tan despectivo?

—El pragmatismo es lo que me ha permitido llegar hasta aquí —afirmó Gesa con determinación—. ¿Has ol-

vidado que he conseguido un papel en una gran obra de radioteatro? La gente podrá escuchar mi voz junto a la de actores famosos. Es un primer paso para obtener algo de fama.

—Ajá, por supuesto, cariño —respondió él con un tono de voz que reveló que ya no le estaba prestando atención.

Era evidente que sus pensamientos ya estaban girando en torno a la siguiente escena de su novela. O tal vez en la manera más rápida de terminar aquel encargo publicitario. Sea como fuere, ella no necesitaba su aprobación. No se lo había dicho para recibir elogios ni reconocimiento. La satisfacción de poder colaborar en Radio Frankfurt le bastaba.

Gesa y Willi eran pareja desde hacía poco más de un año. Se habían conocido poco después de que ella se hubiera mudado a Frankfurt, cuando todavía era una joven del campo que se acababa de lanzar de cabeza al emocionante océano de la gran ciudad, fascinada por la vida nocturna y la escena artística que ofrecía. La voz de Willi la arrancó de sus cavilaciones.

—Ahora déjame trabajar, cariño —le pidió antes de apretar los labios como hacía siempre que se concentraba.

—Iba a salir de todos modos —dijo Gesa, y cogió su abrigo y se lo puso sobre el conjunto de punto que se había comprado la semana anterior. La parte superior era de canalé, entallada en la cintura, y la falda le llegaba hasta las rodillas, tal como dictaba la última moda. Era la única pieza que podía permitirse comprar esa primavera, puesto que tenía que ahorrar. Para terminar, se puso un sombrero sobre las ondas de color caoba y salió por la puerta.

El camino desde el apartamento de Willi en Elbestrasse no era muy largo. Diez minutos más tarde, Gesa ya se había plantado frente al edificio de seis plantas que alojaba el departamento de administración de Radio Frankfurt. Numerosas ventanas, repisas y balcones decoraban la fachada de la SÜWRAG, la empresa encargada del servicio de radiodifusión del suroeste alemán.

Tres años antes, en primavera, la emisora había sido la cuarta radio que emitía programación en el país. A falta de un local propio, las instalaciones habían quedado repartidas por diferentes ubicaciones del centro de la ciudad. Además del edificio de administración, había un estudio de emisión en la quinta planta, la más alta de la finca, de un edificio de correos. Gesa acudía a Elbestrasse cuando tenía que solucionar algo relacionado con los pagos o bien, como era el caso en aquella ocasión, cuando acudía a visitar a su amiga Inge.

Subió la escalera hasta las oficinas y llamó a una puerta, a través de la cual se oía el repiqueteo de una máquina de escribir. El *staccato* regular quedó acallado por unos momentos cuando Gesa entreabrió la puerta. La secretaria le hizo una seña desde su mesa y levantó tres dedos.

Como siempre que acudía a visitar a su amiga en horas de trabajo, Gesa no pudo evitar sonreír. Con el pelo rubio bien recogido, la blusa abotonada hasta arriba y las rodillas tapadas por la falda en todo momento, Inge Jacobs era la viva imagen de la oficinista ejemplar. Y eso que por las noches, cuando salían juntas, se transformaba hasta convertirse en una joven por completo distinta. Ni Gesa ni Inge veían ninguna contradicción en ello. Les había costado mucho conseguir un empleo en la emisora y era una tarea que desempeñaban con orgullo. Sin em-

bargo, Gesa había logrado el puesto de locutora que tanto deseaba, pero Inge soñaba con convertirse en cantante. Actuaba en cafés y bares musicales con la esperanza de que alguien la descubriera, aprovechando que el panorama era bastante propicio, ya que la vida nocturna no era trepidante solo en Berlín: también en Frankfurt había incontables clubs de *jazz*, bares, cafés, salones de baile y teatros de revista; había mucha demanda de buenos cantantes. Tras años de privaciones, la gente ansiaba divertirse y salir a bailar charlestón o *lindy hop*. En especial, cuando sobre el escenario había el talento musical necesario para caldear el ambiente.

Inge Jacobs trabajaba para Albert Bronnen, el joven gerente de la emisora de radio. Gesa la esperó junto a la entrada hasta que su amiga y compañera de piso bajó pocos minutos después. Se sentaron juntas en el banco que había al lado de la columna publicitaria, al otro costado de la calle.

—Hoy estoy cansada de verdad —se quejó Inge, con un bostezo—. Esta semana ya he tenido tres actuaciones, y hoy otra. Es agotador, y más aún después de haberme pasado el día entero trabajando.

Gesa se quedó mirando el pálido semblante de su amiga con preocupación.

—¿No crees que te estás exigiendo demasiado?

—No lo sé. De algún modo tengo la sensación de no estar progresando.

—¿A qué te refieres?

—A que las actuaciones están mal pagadas, y eso cuando me pagan; a que actúo siempre frente a cuatro gatos, en bares pequeños... Esto no va a ninguna parte, tal vez debería cambiar de estrategia —comentó Inge con aire pensativo mientras se mordisqueaba la uña del pul-

gar. Luego se quedó mirando fijamente a Gesa—. Mira a Dora, por ejemplo. Ya sabes, Dora Waldschmidt...

—¿La que canta en el coro de la radio?

—Exacto, esa. Tiene actuaciones fijas con el coro, además de los ensayos. Hasta ahora le pagaban por servicio, pero acabo de mecanografiar el contrato que le ha ofrecido Bronnen y es mucho mejor que el acuerdo que tenía antes.

—¿Es eso lo que quieres, Inge? ¿Cantar en el coro? Creía que solo te veías como cantante solista.

La secretaria levantó la mirada hacia el cielo y soltó un suspiro que le salió de lo más hondo del alma.

—Por supuesto, lo que más ilusión me haría sería que me descubrieran. Pero también me revienta lo pasiva que suena esa expresión. ¿Qué debo hacer para conseguir que me descubran? ¿Y quién podría descubrirme? Luego intento ver las cosas de un modo razonable y me doy cuenta de que lo más práctico sería renunciar a mi sueño y formar parte de un grupo.

Gesa le pasó un brazo por encima del hombro.

—Tú no eres así. Inge Jacobs no es una cantante de coro, sino toda una estrella. No necesitas otras voces a tu lado porque la tuya es absolutamente única. Ni se te ocurra ponerlo en duda. Imagínate uno de esos carteles que cuelgan en las vitrinas de los grandes teatros. «Esta noche: Inge Jacobs con la orquesta» y debajo, una foto tuya con un impresionante vestido de noche. Y encima, pegado el cartel de «Agotadas las localidades». Es en eso en lo que debes pensar, y no en el coro de la radio.

—Gracias.

Gesa notó que Inge estaba muy tensa, y no era habitual que demostrara su nerviosismo de ese modo. Solía ser un hueso duro de roer, en ese sentido.

—Las dudas pueden asaltar a cualquiera —insistió Gesa en voz baja—, pero no te dejes engañar por ellas.

Inge negó con la cabeza.

—Ya está, ya ha pasado. No te preocupes por mí. Ha sido solo un instante de autocompasión, nada más. Me alegro de tenerte a mi lado.

Por supuesto, no era sencillo salir cada noche a cantar con la vaga esperanza de que entre el público se hallara la persona adecuada, y que en algún momento diera un paso adelante y le ofreciera un contrato discográfico. Pero Gesa estaba convencida de que Inge tenía todo lo necesario para triunfar a lo grande. No animaría a su amiga de ese modo tan incondicional si no estuviera por completo segura de su talento.

—¿Por qué el nuevo gerente le ofrece a Dora Waldschmidt un puesto fijo? Es muy raro. El anterior no lo habría hecho.

—Las escobas nuevas barren bien, y el señor Bronnen está levantando mucha polvareda —opinó Inge acerca del nuevo director de emisiones, que ocupaba el cargo desde hacía pocos meses.

Su predecesor no se había distinguido precisamente por las innovaciones. Ese debía de ser el motivo por el que lo habían relegado de su puesto. Radio Frankfurt no era una emisora de aficionados, sino que competía con la cadena de la capital por ser la de mayor audiencia en Alemania. La SÜWRAG necesitaba ideas que todavía no se les hubieran ocurrido a los de Radio Berlin, y también a alguien dispuesto a correr riesgos. Albert Bronnen disfrutaba implicándose en todos los departamentos de la emisora, desde las retransmisiones deportivas hasta las noticias, pasando por la orquesta de la radio. Y sobre todo le gustaba echar una mano en la producción de ra-

dioteatro. Hasta el momento, Gesa todavía no había tenido que relacionarse mucho con él, pero eso cambiaría ese mismo día. Le gustaba la actitud de Bronnen.

—¿Has vuelto a pasar la noche con Willi? —preguntó Inge, cambiando de tema con un guiño cargado de picardía—. Cuando no vuelves a casa me preocupo, ¿sabes?

—Sí, mamá —respondió Gesa con una sonrisa. Vivía realquilada con Inge y su hermano Rolf. Al principio no había sido más que un arreglo que había convenido a ambas partes, pero entretanto las dos jóvenes se habían convertido en amigas íntimas—. Solo he venido a darte los buenos días antes de ir al estudio. Hoy es el gran día —anunció Gesa, ilusionada. Estaba tan impaciente que el mero hecho de pronunciar la palabra *estudio* le provocó un cosquilleo por el cuerpo.

—¿Willi te ha deseado mucha suerte?

Gesa negó con la cabeza.

—Ahora mismo está trabajando en su manuscrito y en un encargo publicitario. Está escribiendo eslóganes para Khasana. No le queda tiempo para pensar en nada más.

—Si quieres saber lo que pienso, me parece que ese tipo es un calavera que no te merece. ¿Te ha devuelto ya el dinero que le prestaste?

—Tenía que concentrarse cuando me he marchado. Inge puso los ojos en blanco.

—Claro, porque sus garabatos son más importantes que tu empleo. A ver si me aclaras una cosa: ¿quién tiene ingresos regulares? ¿El señor escritor o tú?

—Es que él es un artista.

—Y tú también, cielo. Eres actriz.

—Actriz de radionovela —la corrigió Gesa.

—Tanto monta, monta tanto. Te metes en un papel y tienes que interpretarlo de forma creíble para cautivar a la audiencia. Entretienes a la gente, consigues que por unos momentos olviden sus miserables vidas y huyan a otros mundos en los que pueden dejar de lado su rutina diaria. Y al contrario que los actores de teatro, solo cuentas con tu voz para lograrlo. Si eso no es un arte, ya me dirás qué es.

Visto así, la verdad es que sonaba realmente fantástico. Pero Gesa no necesitaba que la convencieran de nada, para ella ese empleo era un sueño hecho realidad. ¿Quién lo hubiera pensado? A pesar de haber nacido en un pueblo de Teutoburgo, se dedicaba a algo que nada tenía que ver con las tareas del hogar. Y encima le pagaban por ello.

—¿Crees que hoy estará allí? —preguntó Inge.

Gesa asintió.

—Hoy la conoceré, por fin. Tendremos que repasar el guion juntas, y mañana empezaremos los ensayos de verdad.

—Vaya, estoy impaciente por saber si en persona es tan fantástica como te imaginas.

—Seguro que sí.

Inge consultó el reloj.

—Oye, tengo que volver a entrar. Solo una cosa más, muy rápido: ¿has oído hablar ya de la nueva?

—No.

—Se llama Margot Mikola, la han contratado como violonchelista de la orquesta de la radio. Al parecer, por deseo expreso de Horst Sachs.

—¿Que el director musical ha contratado a una mujer para la orquesta de Bienefeld? Vaya, seguro que a este no le habrá gustado nada. Pobre chica, no lo tendrá

nada fácil. Casi siento lástima por ella y todo. Bienefeld no parará de criticarla y de martirizarla por el mero hecho de ser una mujer. Y eso que es probable que sea el doble de buena que los hombres, de lo contrario no la habrían contratado jamás. ¿Crees que aguantará mucho tiempo?

—No te preocupes. Ya he conocido a Margot y me ha parecido una chica fantástica. Estoy segura de que nos llevaremos bien.

—A mí también me gustaría conocerla.

—Ya me lo imaginaba —repuso Inge con una sonrisa—. Al fin y al cabo debemos ayudarnos entre nosotras. Por eso la he invitado a venir a casa esta noche.

—Seguro que le resultará más sencillo empezar si sabe que no está sola. Recuerdo muy bien la primera vez que llegué a la ciudad. Y la suerte que tuve al conocerte enseguida. A partir de ahí, todo fue a mejor.

—Ay, sí —exclamó Inge, alisándose la falda—. Pero ahora tengo que irme, de verdad. Y tú también deberías darte prisa, no vayas a llegar tarde justo hoy.

Las dos amigas se despidieron y Gesa subió a un autobús que la llevó desde el barrio de la estación hasta el centro, donde estaban las oficinas centrales del servicio de correos de Frankfurt. Una vez allí, subió al piso superior y se metió en el pasillo que daba acceso a dos pequeños estudios de grabación y un modesto camerino que no habría cumplido con los requisitos mínimos de la mayoría de los actores famosos. Gesa supuso que pronto sería necesario que Radio Frankfurt construyera su propio edificio para llevar a cabo las emisiones. La distancia que había entre las secciones repartidas por la ciudad era poco práctica y el centro de transmisiones provisional necesitaba un lugar más permanente si el medio

seguía creciendo a ese ritmo. Sobre todo si de verdad aspiraban a apuntar alto.

Gesa llegó casi sin aliento, se quitó apresuradamente el abrigo y lo colgó en el guardarropa junto al sombrero, un *cloche* beige que combinaba con todo. A continuación entró en la sala de ensayos, cuyas paredes estaban decoradas con papel pintado de unos motivos florales algo pasados de moda. No era nada del otro mundo, pero para los trabajadores bastaba. La habitación se usaba también como almacén para la utilería que ya no cabía en el armario del pasillo, sobre todo los objetos más grandes, como, por ejemplo, una puerta con marco que servía para grabar el chirrido de unas bisagras, un portazo o una llave girando en una cerradura. Además, los locutores de la casa, como Gesa, podían utilizar la sala como lugar de descanso. El camerino estaba reservado en exclusiva para las estrellas.

Algunos de sus compañeros ya habían llegado: Peter Nagel, Ernst Gehring, las hermanas Kai y Harro Hoppe y Annegret Meyer. Habían reunido varias sillas y taburetes distintos que habían encontrado por la planta y los habían dispuesto en forma de círculo. En cuanto Gesa tomó asiento junto a Ernst, la puerta se abrió y entró el director de emisiones, Albert Bronnen, seguido de una mujer y un hombre.

—Llegan las personalidades —murmuró Ernst, un actor con una larga experiencia.

Por desgracia, no había tenido mucho éxito en los escenarios de Frankfurt, aunque había sido locutor de radio desde el primer momento. Llevaba unas gafas redondas de montura dorada y el pelo peinado con la raya perfectamente marcada. Era soltero y no tenía aficiones, por lo que pasaba la mayor parte del tiempo en la emiso-

ra. De vez en cuando se encargaba de leer las noticias o las aportaciones de los oyentes, pero su ocupación principal eran las obras de radioteatro. También ponía discos en el programa musical que ocupaba buena parte del tiempo en antena. Para Gesa, además de un amigo, era una especie de figura paterna.

—Buenos días, señores —los saludó el director—. Me alegro mucho de que hoy empecemos juntos un proyecto de verdad especial. Una obra policiaca de radioteatro en ocho episodios, algo sin precedentes. Tenemos la suerte de contar con dos nombres conocidos que estoy seguro de que no necesitan presentación. Señora Simonetti, señor Conrad, gracias por haber aceptado.

Todos los presentes aplaudieron y a Gesa se le aceleró el corazón de inmediato. Se encontraba en la misma habitación que Carla Simonetti, una gran actriz a la que admiraba con verdadera pasión. Hacía semanas que esperaba el momento de conocerla.

Sin pensárselo dos veces, Gesa se puso en pie de un salto y se acercó a ella.

—Señora Simonetti, ¡es todo un honor! Me alegro muchísimo de trabajar con usted —exclamó, y acto seguido le agarró la mano y se la estrechó con entusiasmo hasta que Albert Bronnen la interrumpió con una sonrisa divertida.

—Gracias, señorita Westhof, por este recibimiento tan afectuoso.

Apocada, Gesa soltó la mano de Carla Simonetti. De cerca, la dama parecía todavía más elegante que sobre el escenario. El cuello largo, la nariz estrecha y las cejas finas y bien perfiladas ofrecían una imagen de absoluta perfección. Y aunque Gesa se la había imaginado más alta, la admiración que sentía no se vio afectada lo más mínimo.

Vestida a la última moda, con el pelo oscuro y brillante, bien peinado y largo hasta el mentón, parecía tan atemporal como una estatua. No se le notaba en absoluto que superara los cuarenta años.

Carla Simonetti se limitó a asentir de manera escueta antes de pasar por su lado hasta una butaca tapizada, en la que tomó asiento como si de su trono se tratara. La vergüenza empezó a aflorar y crecer en el interior de Gesa como un ardor de estómago. Menudo arrebató emocional acababa de tener.

—Yo también me alegro de formar parte de este proyecto —intervino Theodor Conrad para salvar a Gesa, tras lo que también le estrechó la mano.

El actor no solo era conocido por el teatro, sino también por las producciones cinematográficas en las que había intervenido. Aunque debía de tener unos diez años menos que la Simonetti, acumulaba ya mucha experiencia en el oficio. Le sacaba una cabeza a Gesa, y cuando le dedicó una sonrisa sus ojos claros transmitieron una calidez asombrosa que desapareció de repente cuando la Simonetti lo interrumpió.

—Sí, sí, muy bien, Theo. Ahora siéntate de una vez —le ordenó, fulminándolo con la mirada.

Él frunció los labios y le dio preferencia a Gesa con un gesto de cordialidad.

El único que se quedó de pie fue el director. Albert Bronnen, que no tenía ni treinta años, de pómulos altos y cejas pobladas y rectas, repartió los guiones del primer episodio de *El comisario Feldmann y el caso Aurora* con una mirada de absoluta determinación. Aunque Gesa ya había hablado con él en alguna ocasión, se sorprendió de que el director se acordara de su nombre, pero luego pensó que si había llegado a director a una edad tan

temprana era porque debía de tener unas cualidades excepcionales. Sin duda, la buena memoria debía de ser una de ellas. Ocupaba el cargo desde hacía cuatro meses, por lo que prácticamente era el más nuevo en la emisora. Al menos hasta el momento, puesto que había quedado desbancado por Margot, la violonchelista que Inge había mencionado. Cuando Gesa cogió el guion, sus dedos rozaron los de Albert Bronnen y ambos intercambiaron una mirada tan fugaz como intensa.

Theodor Conrad haría el papel del detective, le iba que ni pintado. Con aquella voz profunda que tanta admiración despertaba en los escenarios, sonaría al mismo tiempo serio y atractivo. Tal como estaba sentado, relajado con su traje de cuadros entallado, con una pierna cruzada sobre la otra, Gesa tuvo la impresión de que casi se estaba divirtiendo. Era evidente que estaba acostumbrado a ensayar en lugares más formales.

Avergonzada, se dio cuenta de que el cenicero estaba lleno hasta los topes. Pensó que no se vaciaría solo y que seguramente ninguno de los presentes se dignaría a ocuparse de ello. Al lado había un plato con migajas de galleta sobre el que correteaba una hormiga. ¿Qué debía de pensar el señor Conrad?

Carla Simonetti tenía el papel de la protagonista femenina, la esposa de un adinerado industrial que acababa de ser asesinado, mientras que a Gesa le había tocado el papel del ama de llaves de la señora. Por suerte tenía bastante texto. Se dio cuenta de ello con solo hojear un poco el guion.

—Genial —murmuró Ernst Gehring con un deje sarcástico.

Ella se lo quedó mirando con las cejas arqueadas.

—Me han dado un papel minúsculo —susurró él—.

El chófer, Laurenz —añadió, tras lo que hojeó el resto del capítulo—. Ah, no, espera. También podré leer la parte del cura. Y me encargaré de los efectos de sala, claro, que en eso colaboramos todos.

Gesa sabía a la perfección lo que quería decir. Mientras los protagonistas recibían honorarios generosos por su interpretación, el resto del elenco recibía un sueldo mucho menor. Por ese motivo la mayoría de sus colegas, además de trabajar para la radio, actuaban también en los escenarios o intentaban entrar en el mundo del cine. Gesa, en cambio, centraba su carrera en exclusiva en la radiodifusión. Por suerte no tenía que preocuparse por el dinero, puesto que contaba con el que le habían dejado sus padres. No era nada del otro mundo, ya no, al menos, pero ella se las arreglaba con poco y vivía modestamente. Su tía era la responsable de que su herencia se hubiera visto muy reducida en los últimos años, pero ni siquiera quería perder el tiempo pensando en eso. Prefería concentrarse en lo que tenía por delante. Además, estaba convencida de que tarde o temprano le darían un papel protagonista.

Justo después de llegar a Frankfurt, Gesa había empezado a trabajar sirviendo mesas en el café donde había conocido a Inge. Ese fue un hecho decisivo porque le permitió tener un lugar en el que alojarse, pero también porque encontró en ella a una amiga fiel y la posibilidad de empezar a trabajar en la tan ansiada radio. A veces pensaba que había sido toda una providencia, porque Inge le había conseguido el primer empleo en la emisora, aunque solo fuera un puesto como sustituta que implicaba ocuparse de lo que se prestara según el momento.

La señora Simonetti sacó un cigarrillo de su estuche dorado, lo colocó en una boquilla también dorada y esperó a que el director le ofreciera fuego para encenderlo. Los demás hombres también sacaron sus encendedores, pero Albert Bronnen fue el más rápido.

A continuación hojeó las páginas de su guion y volvió a cerrarlo.

—Esta esposa rica, ¿por qué se llama Frieda? No encaja en absoluto. Debería tener un nombre más elegante, más distinguido. Como Helena, por ejemplo.

Albert Bronnen se aclaró la garganta.

—Originariamente era una criada que terminó pescando a un industrial.

—Ah. ¿Y qué edad se supone que tiene?

—En el instante en el que asesinan a su esposo, casi cuarenta. Lo pone aquí —explicó Bronnen, señalando con el dedo un comentario al margen.

—¿Y cómo han podido pensar que yo podría interpretar a una mujer de edad tan avanzada? Tendré que ajustar la voz para sonar mayor de lo que soy.

De reojo, Gesa vio cómo Theodor Conrad esbozaba una sonrisa al oírlo. El resto de los presentes se limitó a seguir estudiando el texto, aunque no había duda de que esperaban con expectación la respuesta del señor Bronnen.

—Con su destreza para la actuación, eso no debería suponer ningún problema, señora. El oyente no puede verla y con su voz entrenada seguro que es capaz de hacer cualquier cosa, como si de un instrumento bien afinado se tratara.

Una escueta sonrisa recompensó su diplomacia.

Pasaron el resto de la mañana familiarizándose con los papeles. Durante la pausa del mediodía, algunos aprovecharon para tomar un bocado en la misma sala de

ensayos o para salir a fumar a la terraza, mientras que los dos protagonistas esperaron en el camerino a que llegara el momento de empezar a leer las primeras escenas.

—Intentemos crear desde el principio el ambiente adecuado, como si ya estuviéramos en antena —propuso el director, y señaló a Annegret Meyer—. Usted tiene que interpretar dos papeles: el de secretaria del asesinado y el de la señora Von Abt, una dama de la alta sociedad. Por supuesto, tendrán que sonar por completo distintas. Por eso la he elegido a usted, porque sé que puede hacerlo bien, señora Meyer.

Annegret sonrió al oír el elogio. Gesa se preguntó cómo debía de saberlo el señor Bronnen, pero, en efecto, demostró ser cierto. Annegret tenía un control increíble de la voz. Podía imitar todos los matices lingüísticos posibles, no solo dialectos regionales, sino también los dejes señoriales de tono nasal o la jerga callejera. Al parecer, el jefe se había informado bien, lo que a ojos de Gesa todavía lo colocaba más por encima que su predecesor.

La calidad de la obra, los ensayos y, por supuesto, también la ejecución solo resultarían convincentes si el director de la obra se mostraba así de meticuloso y comprometido.

—Entonces, ¿cómo le gustaría que hiciera la voz, señor Bronnen? —preguntó Annegret, modificando su voz normal.

—Justo así, nos irá de perlas para la secretaria.

—Y en el caso de la señora Von Abt, puedo añadir cierta elegancia especial a las expresiones —añadió ella, adoptando una voz mucho más sedosa.

Carla Simonetti abrió unos ojos como platos, y el señor Conrad también pareció asombrado. Bajita, rolliza y peinada con un tupé anticuado que no paraba de balan-

cearse sobre su frente cada vez que movía la cabeza, el aspecto físico de Annegret Meyer no llamaba nada la atención. En cambio, cuando abría la boca resultaba en realidad impresionante.

A Gesa se le aceleró el corazón. Le encantaban esa clase de momentos. Juntos estuvieron armando un rompecabezas de voces y ruidos que ilustrarían una imagen en las mentes de los oyentes. Y ella era una de las acróbatas vocales que, dentro del conjunto, conseguían crear ese efecto sonoro. Entusiasmada, le dedicó una amplia sonrisa a Annegret, a Ernst y luego a Peter, quienes aplaudieron espontáneamente la interpretación de su compañera. Albert Bronnen también sonrió. En sus ojos había la misma fascinación que ardía en el interior de Gesa.

Los intérpretes se sentaron formando un corro, como si en el centro estuviera el micrófono. Mientras leían procuraban pasar las páginas sin hacer ruido. En casa, frente al aparato de radio, nadie creería que estaban sentados en un restaurante o investigando un asesinato si oían el frufrú de los papeles.

—Bien, señorita Westhof —la elogió el director cuando Gesa leyó su primer fragmento—. En la escena donde pone que el ama de llaves llama al chófer por encima del hombro, propongo que vuelva la cabeza de verdad, alejándose del micrófono y hablando hacia atrás. Hágalo ahora también, aunque no tengamos micrófono, así lo interiorizará desde el principio.

En verdad fue una propuesta muy sensata que contribuiría a que la escena sonara más realista.

Cuando Albert Bronnen dio por terminado el ensayo, Gesa quedó sorprendida de que ya fueran las seis de la tarde.

—Parece usted muy contenta, señorita Westhof —comentó el director.

—Ay, es que ha sido un día fantástico. La obra es emocionante, seguro que será todo un éxito. Me alegro mucho de poder participar en ella.

—Bien —repuso él, tras lo que asintió y se volvió para marcharse.

—Señor Bronnen... —lo llamó Gesa—. ¿Quién ha sido? Quiero decir, ¿quién ha asesinado al industrial?

Algunos de sus compañeros, que todavía estaban recogiendo sus cosas, se detuvieron en seco para escuchar la respuesta.

—Sí, eso —intervino Ernst Gehring mientras vaciaba el cenicero en la papelera que había en el rincón de la sala—. Sería muy interesante saberlo.

Albert Bronnen esbozó una sonrisa cargada de picardía.

—Precisamente por eso no lo revelaré. La identidad del criminal será un secreto hasta el fin de la obra. A decir verdad, yo tampoco sé quién es, el autor se ha empeñado en mantenernos en vilo. Hasta que tengamos el guion del último episodio no podremos saberlo. Pero de este modo la producción también resultará emocionante para nosotros.

—Y nos aseguraremos de que nadie lo filtre a la prensa —añadió Theodor Conrad, dándole unos golpecitos en el hombro al director de la obra—. Muy ingenioso, señor director.

Durante el camino de vuelta a casa, Gesa le estuvo dando vueltas a ese procedimiento tan inusual. ¿No era extraño que los propios actores no pudieran saber cómo terminaría la obra?

De todos modos, era la primera vez que participaba en una obra de radioteatro policiaca de esas dimensiones, por lo que pensó que tal vez era el procedimiento habitual. Su experiencia se limitaba a alguna breve intervención en obras menores bajo las órdenes del predecesor de Albert Bronnen. Algunas habían durado media hora de antena, otras una hora entera, pero siempre habían sido autoconcluyentes. Gesa recordaba a la perfección la primera vez que había tenido que leer un papel. El corazón le había latido con tanta fuerza que había temido incluso que pudiera oírse a través del micrófono. Solo había tenido que leer dos frases, pero después se había sentido como si hubiera coronado una montaña. En parte por cómo le había faltado el aliento, pero sobre todo por la satisfacción que había sentido.

—Creo que has contraído el virus del teatro —bromeó Ernst Gehring, demostrando que había interpretado correctamente la sonrisa radiante de Gesa.

El nuevo director de emisiones parecía dispuesto a cautivar a los oyentes durante semanas, y para ello tendría que mantener la emoción. Por eso se había decidido por una obra policiaca. Ocho episodios eran muchos, era comprensible que no quisiera arriesgarse a que se revelara la identidad del asesino antes de tiempo. Invasada por el entusiasmo que le despertaba aquella nueva aventura radiofónica, Gesa se dirigió a paso ligero hacia el centro de la ciudad.